
Almas Extrañas.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

¡Es para sufrir el sol! Pero aún así, gráciles muchachas con avetadas ollas de barro que llevan en burdo cabecil, airosamente acarrear agua, cacheteando el suelo con las chancletas, perfumando brisas con ramos de flores plantadas en las trenzas bituminosas y obligando á dulces admiraciones con andares y trenzas y ojos.

Pero, ¡qué sol! A su soflama, fresnos y menudos sauces, asomándose por cima de monocromos tejados, se caen de sueño; verdes floripondios en flor parecen clarines marmoreos entre glaucos pabellones apeñuscados; mulos y recentales parecen andar herborizando, pues de aquí reseca malva, de allí eneldos y grama, cuidadosamente van comiendo! Por arenosas veredas corren buscando maleza sombrosa, silvestres pajarillos; este á saltos, igual que si tuviera muelles muy elás-

ticos en las corvas, y aquel rápidamente como sobre invisibles ruedecillas. Un avispon estridula; flotan inquietas mariposas como diminutos bergantines de policromo papel; el aire calinoso, los campos amodorridos, y en las chozas de cuartones pardos llenos de ventaduras, perros tumbados negligentemente, quizás oyendo ruidos subterráneos, y gatos que guiñan las pupilas con desesperante fastidio. ¡Qué modorra!

Por vejámenes de rocas el río canta, tórñase blanco, y escurre sobre lajas queriendo arrancarles su negrura; poco más lejos, se aduerme como una vida en tranquilidad serena. Al Oriente un empujón de cerros, y en completa deserción plátanos, cafetos, cañaveras y floripondios. La vía férrea corre como enorme miriápodo y á su vera chozas de tablas muestran su desastrado talante. Ya es una herrería que integra un fuelle como vasto biberón; el yunque oponiendo al tope del martillo anchos cuernos de toro suizo; una terraja, sacos de carbón, pedazos de llanta de carreta, y al frente arbustillos móviles, tulipanes rojos que sacudidos por céfiros parecen fauces de irritadas serpientes, y palmas espinosas que surgiendo de raíz bulbosa simulan flechas en raro carcax. Sobre naranjos, albeantes ropas; en lomeríos, casas que van trepando como atraídas por un prodigio, y arrastrándose y jadeando el arroyo de linfas morenas como la carne del pescado fresco.

¡Y qué firmamento más tornadizo! A poco, negro ya, sopla neblina que parece surgir de tenaz y gigantesco pulverizador, y entonces grillos insomnes vibran como alambres de teléfono que lapidara un pillete; ó bien, sin nubes, alindado por el disco lunar que pasa como disparado por discóbolo invisible y que al fin como ardida metralla cae y abre el boquete amplísimo del pozo disminuyendo su disco por la distancia.

Levantarse muy de madrugada es avigorar cuerpo y espíritu! Por senderos y calles y caminos quebrados y torcidos firmemente, como si el piso de la ciudad se hubiera hundido, chicas joviales discurren con mariposas de listón y flores húmedas sembradas en los rizos. Allá, retozones borceguíes bajo túnicos de buratillo; aquí, aplaudidoras chancletas entre ajado percal se saludan y responden! ¡De ojos... la yema! Unos, pestañosos y azules como enormes alelíes; otros, brillantes como de ágata. ¡Y qué airoso andar con aljofainas rebosantes de ropa en la cabeza! ¡Salud, oh pucelas!

Vánse poblando patios y calles. La brisa borracha de vino de azalea, convierte frondas en panderos y hace piruetear impetuosamente las camisas que durmieron agarradas del áspero tendalero; un vendedor de leche, de largos bigotes—como chorros de pelcs—cabalgando en mulo avacado, va sosteniendo sus botes en figura de faroles colgados del fuste macizo, y

por allá, sobones fogoneros tiznados como demonios vestidos de azul, esperan que salga el sol. En cada puertecilla un adhesio: una perra que amamanta perrillos tan ansiosos que parecen comerle la barriga, ó un zapatero averrugado y de cabeza hostil como bruza de caballo. De las casonas humosas surgen gallos ridículamente serios, como guardando equilibrio inestable por falta de dos pies más; en montones de burrajo chisporrotean moscas metálicas; en troncos y tejas se tienden los lagartos como tijeras oxidadas, en tanto que junto al brocal de un pozo que finge gollete de ollón enterrado, gruesos maquinistas norteamericanos de rostro de bofe, gruñen, farfullan y estornudan como si tuvieran pólipos.

Distintamente óyense los gritos de una viejecita de carrillos papandujos: hipericón, santónica, yerba del golpe, pata de león, lengua de vaca, yerba del cáncer, ratania, yerba de la golondrina!....

*
* *

¡Qué ahogúo reseca el gañote subiendo el camino aquel solitario que baja de lomas empinadas y al que custodian floripondios cansados de aguardar desfile de monarcas, y ven sólo rucios que conducen lajas, legumbres ó agrucha cerveza, y de sábado en sábado—si no quieren achubascarse los cielos—alemanes farfallosos y ahidalgados que al parquecillo se dirigen

á oír música pésima disputada por ráfagas violentas. ¡Qué barrizal si llueve! El parquecillo queda desierto y las fuentes canales rompen su cristal sobre las piedras. Con estas lluvias ¡qué floríferos campos y... qué reumas! No sé cómo cubiertos de flojel soportan los pajarillos el frío. ¡Llover y llover y llover!.... Agestados que andan los vecinos! ¡Claro! si es mejor encerrarse, aun cuando cueste algún trabajo quitarse la uraña!

Aquí no hay flemudos! Si ascender es penoso, de bajada empujan las calles. Cuestión de costumbre! Aquel costeño, con cinco arrobas en los lomos, subiendo grita como un verraco: jurel, mojarra, huachinango, jorobados y pulpos! ¡Ni jades!.... ¡Ni nada!

De calles culminantes la perspectiva es bellísima. Verdeguea el ancho socavón del Valle; limoneros, camelias, floripondios, petunias y acebollados eucaliptos se agrupan ó dispersan; solitarios ejidos dilatan voces y entre arbolados, ranchejos orgullosos de su albura de caliche, parece que fueron bajados de la montaña con gruesos cables que al resbalar dejaron anchas huellas que son las quebrajas.

Enrédanse y se arrastran en los dientes de los cerros nubes blancas, y parece que los cerros son atalayas donde mares remotos chocan y encrespan sus espumas. Un cacto nacido en peñas simula espina vertebral de ciclople; acidulos manzanos en flor, rojean; palomas agreñas embelle-

cen las techumbres, y torvo cacalote aflicto por quién sabe qué infortunios, en la horqueta de un árbol no le calienta ni el sol. ¡Pobre!

El volcán parece giba de dromedario inmenso. Abajo, lavaderos y lavaderos donde agua y muchachas de inquietas caderillas parlotean; un caminante de ajedrezado pantalón y rostro flatulento, tres más con visible agrazón en la faz indígena y otro cargando una romana y empujando un cerdo.

Verde todo: bancos de piedra, brocales de pozos, árboles, lomeríos ¡Qué silencio!

En el llano aquel destinado á que pazca el rebaño, como un cubo de papel está la casa de Doña Secundina; conoce las virtudes mágicas de filipéndula y torvisco. Y para eso de tronar el empacho . . . buena de veras! Llega un chiquillo débil y flaco como una calcomanía, y puesto en cuatro patas, con dos tirones que agarrando el pellejo de la espalda le da Doña Secundina . . . bueno y sano! Que Fulanita palidece por hemorragias terribles cocimiento de sedas de colores y . . . fresca como amapola! Que Don Perencejo tiene abitera é incontinencia en la orina . . . allí tienen ustedes á Doña Secundina hirviendo en vasto perol, cañaveras, raíz de perejil, barbas de panoja . . . y fuera chiluca, hebras de zarape y cachos de puro! ¡Cachimba! . . .



Almas Errantes.

A MI MAESTRO JUAN B. GARZA.

—¿Que si recuerdo aquellos tiempos? . . . ¡Vaya con la preguntica que se me ha clavado aquí en la frente como si tuviera estoperoles! ¡Pues ya lo creo!

Estaba yo de interno en Trapabana, mi juventud en plena granazón y la vida ofreciéndome garambainas de gloria y de laurel.

El Colegio era vastísimo; con arcadas modernas unos patios, otros con pilastras musgosas y corredores y dormitorios amplísimos y tristonos como los crepúsculos de dulce amarillez.

Y en mi sesera se barajan muchos nombres: Tío buey, un prefecto más bueno que la panetela; Don Agustín González, maestro que puede honrar á su Estado y á su Patria; Canchona, profesor tan sufrido que su clase antojábase una gorrionera, y otro de cuyo nombre me he ol-

vidado, pero que al reírse recordaba los relinchos de un muleto cerril y huérfano.

¡Cuán lejanos esos tiempos! Todo pequeño, brillante y remoto como las estrellas. Allí miré á los truhanes de entonces hoy honrados y á los honrados de entonces que hoy trascienden á truhanes.

¡Cachimba con la vida! Corre y encumbra y despedaza y revuelve como la formidable corriente oculta del Golfo. Y como fragmentos de paquebote náufrago en la marea inevitable, flotan algunos nombres de mis amigos: Ballesteros con sus eternas gazmoñadas; Cruz González con sus ojillos de santo; Mastache arrabiadamente holgazán y pendenciero y capaz de soltarle una palabrada á Tlahuicole; Enrique García que abollaba los palanganeros y Paco Carbajal que con el gordo Guardiola echaban los hígados jugando á la pelota.

¡Señor, el recuerdo es el Santo paraclito de la vida!

De noche los dormitorios convertíanse en aulladeros. ¡Ay del intruso que asomaba los hocicos cuando la agónica lamparilla de aceite aleteaba como una mariposa de luz prendida á un alfiler! Volaban los zapatos buscando su cabeza y broncos gritos le aturdían.

¡Fuera el macuache! Fuera el indio!

Salía el intruso y trás alegres risotadas continuaban Ordorica, Raymundo García y Morales Molina rasguñando su viejo bandolón.

A las diez dormían todos. El viento barbullón sacudía los árboles del jardín y una paz de convento ahogaba los salones y los vetustos patios.

En las mañanas friolentas, achubascado ó zafirino el cielo, al toque de campana que llamaba al refectorio, se levantaban todos bruscamente. Chávez se ponía los zapatos de muñeco en la escalera; el cochinito Legorreta se arrollaba la tohalla en el pescuezo descendiendo á escape, y Sebastián Vilchis, melenuado como bisonete, corría como un salvaje.

El comedor era un salonazo muy frío pintado al oleo y ostentando en los muros cromolitografías de aves y frutos teratológicos, más ocho mesas toscas, bancos burdos y manteles de hule pingosos.

Una taza de chocolate con recuerdos de cacao y arrobas de cortadillo, tres panecillos grajeados y un vaso de agua turbia, esto era el desayuno. Después á remojar-se la testera y á esperar el sol convalesciente y feúco en la baranda de mohoso hierro del corredor.

A las ocho principiaban las clases. Unos á Lógica, otros á Física y así transcurría la mañana. En la tarde, al salón de gimnasia á tumbarse á fantasear bajo las matas de mirtho azul. Allí contraje mi familiar urañería; asustadizo como guardiña, mi espíritu se reconcentraba en un mutismo feroz. Me atraían las voces de los árboles que farfullaban palabras ininteligibles y antojábaseme que las randas

de la espuma de la fuente, alguna mano invisible las estaba enjuagando ó simplemente divirtiéndose con ellas.

Tenía deseos extraños: quería hacerme pequeñito y en el hueco que formaban dos hojas, ó bajo los diminutos paraguas de los hongos, oír qué decían las raíces que iban en pos de frescura como dedos largos y presenciar la lucha de la que surgían retallos.

¡Vida intensa debe ser la de lo pequeño! me decía. Porque... las aves palustres que se duermen al balanceo de las ondas, saben más que los libros que envejecen. ¿De dónde extrae su sangre la henea? ¡qué se yo cuántas cosas pensaba!...

Pero la vida de estudiante me llenaba de tedio inmenso. Las almas pedían libertad, pues el cúmulo de libros didácticos era aplastante. Una estrechez de principios dominaba todo impulso; monotonía terrible estancaba las linfas del entusiasmo y un sopor extraño envolvía el corazón. Soñábamos en las vacaciones próximas, en la casuca paternal perdida en un puebluco de patriarcas, en los toros de cabeza rufa, en las llanuras, en los bosques, en la novia, en los campos llenos de sol y de cantos de cigarras estridulantes.

Me hastiaba todo: el colegio, la vida... todo! De tarde subía al Observatorio y sentado en el basamento de piedra que sostiene la veleta en figura de arquero, hundíame en ensueños infinitos mientras chirriaba rudamente el anemómetro que

dormía arrullándose ó corría desatentado, y el pluviómetro seco mostraba al cielo su embudo de zinc.

¡Que el barómetro perdía la razón y anunciaba borrascas en el Atlántico y ciclones en el Golfo; que la tempetura á la sombra bajaba ó no! ¡qué me interesaba frente á la belleza de las montañas que ondulaban hasta difundirse en lejanías azul de humo; frente á los pueblos en relieve, frente á las casas que trepaban á los cerros!

Que los cúmulus estuvieran á tres mil metros y al Sur, ó que los cirrus á dos mil y al Oeste, me interesaban menos que el Xinantecatl irguiendo su pátera de nieve!

Pasaban las horas por mi frente como brisa muy suave.

Aquí, enormes chimeneas como cañones; allá, eucaliptos espíando sobre tejados monocromos, y encima de aquel hacinamiento infinitos alambres de teléfonos como la red destrozada de un arácnido fabuloso.

El jefe del Observatorio era José Guzmán, un flacuchito talentoso—médico ahora— que sobre sus cartas meteorológicas trazaba eternamente sus curvas isotérmicas. Una tarde, de codos en la cornisa dejábame llevar de las nubes y de los pájaros que se perdían en lontananza. Guzmán dijo de pronto á sus compañeros y subalternos:

—Para hoy hemos anunciado la lluvia.

de estrellas errantes que partiendo de las Leónidas se inclinará al Este. Dentro de media hora debemos anotar las exhalaciones que pasen por nuestro campo de observación, es decir, nuestro cuarto de horizonte imaginario.

—Bueno—contestaron.

Y yo, cambiando de posición, sentado en la cornisa, dejé colgar los pies.

Hablamos todos largo rato. Un meteoro rayó el cielo que se escampaba; otro después bajó lentamente como pluma luminosa, apagándose instantáneamente; otro más atravesó como ígneo proyectil, y de pronto una lluvia maravillosa de estrellas, en aspersion violenta, cayó como deshecho haz de espigas de oro. Iba á hablar entusiasmado, cuando me dieron un empujón que me arrojó al vacío desde una altura de quince metros. No podré expresar mi sensación; pero recuerdo que á dos metros de mi punto de partida alguien, que sentí me fué sosteniendo y al depositarme en el suelo, dulcemente, murmuró en mi oído derecho: sé bueno, y en el izquierdo: sé malo.

Corrí buscando la puerta del Colegio y allí encontrarónme jadeantes, con el pavor en el rostro mis compañeros que pensaban levantar un cadáver.

—¿Quién me empujó?—pregunté anhelante.

—¡Nadie!—contestaron.

Y me palpaban mudos de asombro de verme sin dolencia.

Cuando conté que me habían bajado cariñosamente y repetí las palabras que oí, quedaron atónitos de espanto.

Y hoy todavía, después de tantos años, me pregunto:

—¿Quién me sostendría y murmuraría á mis oídos aquellas palabras tan raras?





Almas Ausentes.

A ADOLFO VALLES.

Aguda neurastenia, trastrocando mi concepción del mundo exterior, teníame enclavado en una bella población, en donde aromas de azahares y vahos despreñados del brial de aquellos campos de gardenias afinaban mi sensibilidad y como en un aliento de virgen me envolvían. Taludes colosales como hechos por gigantes, encajonan el hermoso valle que se desenrolla en rápidos declivos, como si brusca inundación de arbustos y de yerbas se arremolinara en los rincones, huera por los planes y al fin confusamente fuera á estrellarse en las laderas. Las negruzcas techumbres imbricadas de las casas medio asoman entre los frondajes de los nogales llenos de drupas, de los bananos oscilantes y los naranjos llenos de burbujas de oro; en los gramales felposos espejea el agua clara, y en el cielo y en

el aire hay esa profunda transparencia de cristal finísimo que se adivina en los ojos azules vistos muy de cerca.

En esa población la caza es algo más que un entretenimiento; sus moradores parecen descendientes de aquellos cetreros de linaje que veían transcurrir la vida adestrando gerifaltes y neblías. Las jaurías de sabuesos abundan por doquiera, y por cuetos y vericuetos se ven las huellas de los arrabiados cazadores.

MI pequeña habitación, con albores de jalbegue reciente, llenábase de sol en las mañanas espléndidas, y en las tardes dolorosas el rosa moribundo del crepúsculo entraba en silencioso torbellino. ¡Ay, cómo para aquellas comarcas que albergaron tantas amarguras íntimas, conservo una sonrisa de amorosa y doliente gratitud! Ya sé que nunca, con fruición idéntica, volveré á sentir aquellas brisas, volveré á escuchar aquellas acariciadoras campanas, ni volveré á mirar aquellos campos en los que dilaté la mirada entristecida! La vida va borrando toda huella y una terca é inevitable imposibilidad pone en las almas. Quedan, sin embargo, las remembranzas fugaces como los relámpagos en los nubarrones de tormenta; pero aun éstos, en fuerza de llover, tórnanse blancos. Yo prefiero, pues, mis lutos interiores para conservar los relámpagos de mis recuerdos!

Tal vez ni con esfuerzo podría olvidar; algo de mi corazón y mucho de mi juven-

tud quedó llorando por nefandos episodios en aquellas divinas tierras, como un cárcavo profundo, visible sólo á las pupilas mías. Acaso, lo más horriblemente bello del ambiente está en que disuelve, mezcla y confunde los hedores y las fragancias, las blasfemias y los trinos y los besos y los truenos.

Yo miro sin esfuerzo la callejuela sonriente, en cuyas tapias tremulaban cortinones de madreSelva escurriendo caprichosa, las ventanas de madera de las casas diminutas y el empedrado desigual y negro que bordan cintas verdes de pequeño césped. Los divinos ojos zarcos de aquella londinense candorosa, parece que aun me miran entre los calados del visillo, y algo como una intensísima fascinación me torna inmóvil. Las asperezas de la angustia y las aristas del dolor se perdieron para siempre, y aquella faz de niña como un diamante jaquelado, la guardo en mi corazón. Yo creo en las resurrecciones de los espíritus que por amor murieron; y tal vez muy pronto, en alguna de mis peregrinaciones, aquellos ojos cariñosos me alumbrarán el camino de la paz y del bien.

En aquellos días, en rudo sonambulismo me agitaba; y mientras mi criada, un viejo barbudo y lacertoso, dormía como patriarca, las horas acariciaban mi frente en un insomnio pertinaz. A veces aquel Hércules dormido despertaba y con voz humilde y dulce me rogaba que procurara dormir. Agradecido, le decía que había dormido

ya, y entonces, como tronco derribado bruscamente, resoplando con holgura dejábase caer. ¿Qué mistagogas deben iniciarme en los ritos del olvido perfecto? ¿Qué conflagraciones pueden concretar ó evaporar este dolor? Quisiera que como salta una ave de una roca, esta aflicción huyera de mis días sin retornar al nido; quisiera . . . yo quisiera. . . .

Eduardo me veía distraído y enfermizo; me procuraba distracción hablándome de las mariposas de colores que navegaban con las alas desplegadas en el ambiente apacible; me invitaba con respeto á tomar un baño de sol, y salíamos á recorrer las cañadas frescas, las márgenes del río que reflejaba floripondios y enredaderas trémulas, ó los caminos solitarios y que se me antojaban interminables, olientes á salvia y á jengibre.

Dos hechos, disímbolos y repentinos, me trastornaron locamente: la virgen londinense de ojos zarcos marchó para Inglaterra, y en el beso postrimero yo puse toda mi alegría y todo mi dolor de hombre. No he vuelto á sonreír, ni volveré á llorar! Irlanda esclavizada, Escocia mártir, Inglaterra gloriosa: no devolveréis jamás á la mujer por quien rugió mi corazón como un jaguar apuñalead! Yo beso vuestra tierra bendita que abriga su envoltura carnal!

La noche de la despedida eterna, el aire resoplaba entre las láminas de las techumbres; el profundísimo pesar me tenía des-

coyuntadó y en desbandada completa mis pensamientos, contemplaba con pupilas de ciego la sombra impenetrable. En nada pensaba fijamente. Oí levantarse á Eduardo y le ví prender la lámpara de luz láctea. Su recia musculatura se dibujaba en la pared y sus barbas negras de cosaco aparecían más negras en la noche. Algo como un círculo de hierro me apretaba el cráneo. Intempestivamente, y con ríspida voz, Eduardo me dijo contemplándome fijamente y masticando la cola del tabaco:

—¿Usted sabe, señor, á quién tiene en su casa?

No pude encontrar respuesta á la pregunta.

—No entiendo lo que me quiere decir, Eduardo.

—Bueno; yo pregunto si usted sabe á quién tiene en su casa.

—Sí—repliqué incorporándome en el lecho con una sospecha espantosa.—A usted nada más.

—Y ¿sabe usted quién soy? Bueno; pues soy un enviado de su Divina Majestad. Cuando mi sacratísima madre llevome á la pila bautismal, volaron del ábside de la iglesia muchas palomas, y una hostia más grande que la luna salió del cáliz y voces de arcángeles y serafines se oyeron por doquiera.

Su voz se fué ahuecando y haciendo tempestuosa.

—Hubo una segunda anunciación. Yo traigo, bajo mi apariencia humilde, misio-

nes vastas. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! Moisés no resucitará jamás y su Génesis quedará como mentira. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! El mentiroso Job, protagonista de una fábula de árabes, será más vil que su estercolero! ¡Ay de los profetas falsos! Martorillo el Calabrés ó San Francisco de Paula resucitará tal vez. ¡Ay de los que tenemos inmensos destinos que cumplir! ¡Ay de los que no escuchan las voces de las borrascas que se acercan! ¡Ay de los ladrones de documentos y de honras y de profesiones! ¡Ay de los abyectos! ¡Ay de los débiles de corazón! ¡Ay de los que lloran por una mujer! ¡Ay de los que escupen la espalda de los vivos y saquean el sepulcro de los muertos!

Retemblaba la pieza con su voz. A cada instante esperaba que aquellos brazos me aplastaran como las patas de un caballo. El terror me tenía inmóvil.

Y cuando aquel hombre abrió la puerta, yo salté de mi lecho empapado en sudor, y puse los cerrojos y acerqué mi petaca inmensa de viaje.

La aurora me miró en la misma posición: oyendo los menores ruidos y atento á los rumores de la calle. Y Eduardo no volvió; se perdió en el tiempo, en la noche, en las montañas, en las tinieblas de su locura deífica y en los repliegues misteriosos de su destino nefasto!



Un Alma de oro.

A LA SEÑORA DE G. RAMIREZ.

Has llorado sin consuelo por la tórtola que un día de tus manos se escapó; por la blanca palomita que besaba tus cabellos, que dormía en tu regazo, que arrullaba tus insomnios y escondía entre tus manos su plumaje tornasol.

Has gritado sollozando: tortolita, alondra mía, vuelve al nido abandonado de mi yerto corazón; vuelve al nido y que tu gorja desparrame musicales armonías, como rueda el agua pura, gorjeadora y transparente por la llambria de un peñón.

Has gemido desolada por la gota de rocío que en el cáliz de tu espíritu prendió su fanal tremante y luego una racha tempestuosa le quebró, y un piadoso rayo ardiente de sol áureo, por temor de que á los fangos de la vida descendiera, la absorbió!

Y exclamaste: ¡perla mía, florecita de

mi campo, dulce aljófara de mi amor; res-
verdece en mi camino, balancea tu cunita
en mi fronda que marchitan tu recuerdo
y mi dolor!

Has llorado por la corza de blancura in-
maculada cuyos ojos entornó para siem-
pre, temerosa de la infamia, de los cienos
y vilezas que desgarran la inocencia y ma-
culan el candor.

Ni tus manos maternas, ni tus besos
infinitos, ni tus lágrimas de fuego, ni el
clamor de tu pecho dolorido harán que
torne el perfume al cáliz de oro que amo-
roso le albergó.

Llora, llora bajo el sauce que resguarda
la crisálida de la bella mariposa que voló;
bajo cielo zafirino ya revuela jubilosa, co-
mo alada estrella fúlgida que temblando
se alejó!.....



Epístola Simbólica.

A ELLA.

He pisado los limos del sagrado Nilo;
he contemplado el sarpullido que les fin-
ge el musgo á los colosos de Tébas y sé
que la estatua de la libertad es hueca,
sin haber recorrido el mundo vario como
el célebre asno de oro de Apuleyo. Y es-
toy contento con mis rudimentarios y
y vulgares conocimientos, porque despo-
jado enteramente de pasión, creo que tu
cariño para mí tiene un valor más grande
que todas las maravillas del Universo.

Tu alma me parece como una tarde lím-
pida; tiene aromas y quietud, y dulcemen-
te le ofrece los labios á la noche.

Confórmate con nuestra vida que corre
natural y espontáneamente, y olvida los
guijarros en gracia de las flores que es-
maltan el camino. Nos ata la campiña con
su paz y aquí debemos morir. Acostúm-
brate á esta idea para que pierda su ne-

gor, como Cambises que se comió al Buey Apis para probar que no era divino.

Esta dolorosa ausencia tiene su bondad; mira cómo las golondrinas se elevan en pos de un pavoncito y vuelven á su alero; mira cómo las ensombrecidas nubes huyen para caer alguna vez en lluvia diáfana.

El trabajo no defrauda y es el plinto de las reputaciones. No te aflijan los míos que deben ser tu orgullo, y que darán relativa solidez á nuestra felicidad efímera como la vida. Esas grandezas ficticias que brillan con engañoso resplandor, debidas á terribles humillaciones que pocas veces se traslucen, son verdaderamente horribles. Latrocinios, abyecciones, desvergüenzas: esto forman tales almas! Yo no sé cómo para la horda de Rinconetes y Cortadillos no resucita Santo Domingo el Mugriento que fundó la inquisición.

Bien está que nada cambie; pero es mi obligación aislarte de esas inmundicias. El antílope tiene bruñidos cuernos para su defensa, el alacrán su aguijón y el albañal su peste; pero esto no quiere decir que debamos aspirar en las letrinas ó llevar alacranes en el seno. Junto á las graneadas espigas dobladas por su harina, se yerguen las vacías; en cambio sobre una trabazón de bejucos llenos de abrojos se levanta una flor, y el carbón mordido por la lumbré se torna rojo. ¡Contrastes extraños y eternos!

Hay que traducir el servilismo en do-

blones; y es tan extenso el mal, que si un nuevo Moisés diese la orden de decapitar á los adoradores del Becerro de Oro, nos quedaríamos sin humanidad.

Debes amarme como soy y por lo que soy, y no affigirte por mis trabajos diarios. Sí debo confesarte que á veces querría dormir veintisiete años de un tirón como Epiménides; pero, ¡figurate mi despetar! Nó, es preciso levantarse con el sol y no dar tregua al pensamiento, pues para el instantáneo necesitaría ser un vil.

Te perdería seguramente si fuera tal cosa, y para mí vales más que toda las maravillas del Universo.



=====

¡Dios mío!

Han pasado tantos años, tantos, tantos, que á veces me conforta la idea de que mi corazón impasible y no desportillado aún está hecho para los grandes sacudimientos y las grandes tempestades como los volcanes.

Arboles bamboleantes, presas de raros estremecimientos; rumorosos, inclinados á instantes como para escuchar una voz cariñosa y leda; otros, silenciosamente recogidos en meditación reverente; unos, semejantes á esponjas; otros, iguales á pinceles; los más, como descomunales brochas, gibosos y torcidos, alfombrados de musgo verde, con arrugas ó lampiños, grabáos fieramente en mi memoria; llenad mi pensamiento atento como un centinela, de vuestro rumor, de vuestra música, de vuestros himnos! Mi frente que han asordado todas las ambiciones y las esperanzas todas, fielmente guarda la luz de aquella tarde, la poesía infinita de aquel crepúsculo, la

mirada de aquellos ojos tristísimos, el perfume de aquellas manos enguantadas y caídas en laxitud suprema. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Oh! vuelve por el sendero sabuloso que guardó las huellas de tus piés; torna con tus ojos maravillosos, asombrados por el aleteante sombrero de paja, á henchir mi desolado espíritu de gozo; vuelve, vuelve á mí, que yo desde las rocas puntiagudas donde he asentado mi desolación, bajaré desgarrándome las ropas á llorar á tu lado, á llorar de inexplicable alegría de sér feliz, hondamente feliz un solo instante!

¡Oh, déjame sollozar á tu lado; deja que olvide mi dolor que he tenido en el alma como un cuchillo; deja que penetre á mi corazón el convencimiento de que no soy tan desgraciado; deja que llore mucho, mucho, al pensar que anduve en los limos de un mar de llanto oprimiendo tu recuerdo como la concha su perla!

Y sé que no volverás. . . . ¡que nunca volverás! . . . Yo sé que ni mis dolores atroces, ni mis ruegos espantosamente tristes, harán que tú vuelvas. ¡Oh, nunca volverás! . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haz renacer mi corazón oprimido por aquel recuerdo como un puñado de tierra por las raíces apretadas de un roble añoso; haz que detenido el tiempo resucite en aquella tarde maravillosa; haz porque mi espíritu no sufra; haz porque vuelva; haz porque me ame, porque. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Siluetas.

Más bien que musculoso, magro; los ojillos que al soslayo miran, entre irónicos y amables; con el reflejo amortiguado de la sonrisilla perpetua y vaga en el semblante largo; el sombrero de paja deteniendo la melena riza y con el bastoncejo de puño de plata en las manos enguantadas; así, con indiferencia que simula frivolidad, pasa Jesús Acevedo por los bulevares metropolitanos, guardándose á la humanidad en el bolsillo y desplegando el pensamiento á la lluvia de oro de las musas.

El borbollón de agua límpida donde parece que se baña una paloma, las abejas sabias, el bosque senecto y siempre en Primavera; el remusgo que trae olor de mirthos, cedria de pino y alma de tomillo; la mañana espléndida de colores y frescura, y los encinos pródigos de reta-